

cio de tan ricas producciones que tan íntima conexon tiene con lo interior de Europa , no es posible que lo consigan , no hallándose en estado de castigar las súbitas extorsiones que se pueden cometer contra sus vasallos.

Octavo: que á la vista de unas Provincias independientes sin relacion ni dominios en Europa debe ser mas vigilante nuestro cuidado y mas escrupulosas las precauciones si queremos proteger á aquellos vasallos , y conservar adictas á la Corona tan extendidas posesiones.

Noveno: que siendo señora la España de una extension inmensa y de unos paises de inagotables riquezas en lo interior de la América Meridional y gran parte de la Septentrional hácia el Occidente , necesita de acudir á todas partes , y en todas ellas proteger el comercio de sus vasallos , y fomentarlo en sus diferentes ramos , sin permitir á los Extrangeros sean los verdaderos usufructuarios.

Décimo: que hasta la Religion necesita del auxilio de la Milicia para contrarestar y reprimir la osadía de ciertos hombres impios, que con sus doctrinas y relaxacion la perturban.

Y finalmente , que ninguna de estas ventajas se puede conseguir sin Exércitos y Esquadras , y que estos no pueden prevalecer sin animarles con privilegios y exenciones , sin premiar las acciones heroycas de los que se distinguen en el Real servicio , y sin arreglarles sus Juzgados peculiares , como así se ha observado por las Naciones mas cultas, y se verá en las demas partes que siguen.

PARTE SEGUNDA.

De la estimacion y privilegios que ha merecido la Tropa en todas edades.

Si la necesidad de los Exércitos es tan conocida , y queda probada en la primera parte de este Discurso , no puede ménos de haber merecido constantemente la Milicia entre todas las Naciones y tiempos los mas altos honores y distinciones.

Todas las cosas humanas se estiman generalmente por las utilidades y ventajas que producen : así vemos con quanta ansia se fatigan los hombres para adquirir las riquezas que juzgan medio de asegurar su comodidad y brillantez. Siendo , pues , las Armas el fundamento de los Príncipes y el asilo de las Repúblicas , porque ensalzan é ilustran los Reynos , es preciso que hayan sido siempre el primer objeto de la atencion de los Pueblos y Soberanos ; y que se hayan esmerado en recompensar con honores y premios los importantes servicios de los que exponen su sangre por el servicio de la Patria. No filosofemos extravagantemente. Los hombres necesitan de estímulo para emprender cosas grandes : así es forzoso excitar la virtud , y hacerla mas amable con la remuneracion para violentar á los hombres á abrazarla , y preferirla á la desidia y á la incapacidad , que serán tanto

mas detestables, quanto ménos provecho puedan esperar de ellas los malvados y negligentes.

Si semejantes estímulos son precisos en aquellas profesiones que para desempeñarlas no tienen que exponerse sus individuos á ningun riesgo, ¿quanto mas activos y poderosos los necesita la Milicia, en la qual no hay trabajo ni peligro que no salga al encuentro, y en donde se trata nada ménos que de empeñar á los que la siguen á sacrificar su tranquilidad propia, su conveniencia y su sangre en beneficio del resto de sus Compatriotas? Mayormente quando en este mundo no se conoce premio suficiente que recompense la pérdida de la vida que todo mortal procura tanto conservar: es menester confesarlo, este es un entusiasmo que se origina y fomenta á impulsos de la gloria y de las distinciones honorosas.

Las Leyes militares son mas severas que las civiles, y sus penas y castigos mucho mas executivos, y mas duros, porque así lo exige la constitucion de la Milicia para mantener el buen orden y disciplina de los Exércitos; pero por lo mismo no podemos negar, que son dignos de mayor consideracion y aprecio este número de vasallos que voluntariamente se someten á una legislacion mas rígida y reconocen en cierto modo mayor vasallage y mas inmediata dependencia del Príncipe. Si así no fuese ¿como puede haber razon para que siendo todos súbditos de un mismo Soberano no gocen los Soldados de la propia inmunidad que los demas Ciudadanos, y de unos reglamentos mas humanos que ligan menos y favorecen mas, sin que se les indemnice por otra parte con exénciones y pri-

villegios que equilibren esta diferencia, que sin esta recompensa tendria visos de injusticia?

Conociendo la debilidad de nuestra naturaleza no se han contentado todas las Naciones con castigar hasta el último extremo la cobardía, sino que han querido hacerla mas odiosa, imponiéndola la vil nota de infamia que en nuestra opinion reputamos por el mayor de todos los males. Si esta debilidad se afea con un borron tan ignominioso, ¿por que su virtud contraria, que es el valor no se ha de honrar y privilegiar? ¿Por que un hombre que está sujeto á qualquiera de estas dos qualidades si se denigra con la una no se ha de ilustrar con la otra? ¿Por que los Militares en quienes principalmente obran estas dos causas han de estar eternamente expuestos á los efectos de la primera, y no han de coger el sabroso fruto de la segunda en los honores, fueros, distinciones y privilegios que lo acrediten?

No ha habido Nacion desde la mas remota antigüedad que no se haya propuesto seguir constantemente la máxima de distinguir y premiar á esta porcion tan escogida de vasallos, que velan de continuo á la conservacion del Estado, y la que ha tenido una conducta contraria, no ha experimentado por lo regular muy favorables sucesos.

Quando Alexandro Magno distinguia á los Macedones, y honraba á sus Veteranos con el glorioso renombre de *Padres* todo caminaba felizmente en su Monarquía (1); pero quando olvidado de sí mismo y de sus

(1) *Divus Thomas lib. 3. de Regimine Principum.*

triunfos se entregó á las delicias, y manifestó su ingratitud á los que habian sido el instrumento de sus victorias, bebió el tósigo fatal que puso fin á su grandeza. ¿Que extragos no causó á Roma el destierro de Coriolano, y que trastorno no sufrió Atenas por la ausencia de Alcibiades? Nunca levantó la cabeza el Imperio Romano, dice Jacobo Meyer, desde que aquel famoso General Aecio, cuyo Ejército venció á Atila matándole ciento y ochenta mil hombres, fué sacrificado por el Emperador Valentiniano á la envidia privada de sus enemigos. El eruditísimo Sigonio demuestra los grandes daños que experimentaron los negocios de la Francia desde que Andres Doria su Almirante la abandonó, dedicándose al servicio del Emperador Carlos V.

Todos estos sucesos ocasionados por la indiferencia con que se miraron las proezas de aquellos grandes Generales, ó la mala correspondencia que experimentaron de sus heroicas acciones, convencen la justicia con que se les distingue en todo gobierno sabio é ilustrado.

Es innegable que la manutencion de Ejércitos numerosos sobre el pie que hoy se tienen en la Europa ocasiona gastos muy enormes, y que apenas bastarian todos los tesoros, y opulentas minas que con tanta fatiga y actividad se buscan y benefician, si hubieran de satisfacerse los servicios militares á expensas de los públicos Erarios, y no se hubiese enlazado maravillosamente con el estipendio de las Tropas la gloria que resulta de las hazañas militares, ligando á ellas el honor y fausto con que se distinguen los Héroes de la guerra.

El Rey Ciro aunque distribuía entre sus Tropas quan-

tiósas sumas, no era este el principal estímulo de que se valía para alentar la emulacion entre ellas, trataba con afabilidad y agasajo á los que sobresalian, distinguiendo su mérito entre los demas, y manifestándoles al mismo tiempo que tomaba interes en la particular fortuna de cada uno; cuyos medios, decia el mismo Ciro, son tesoros inagotables de que puede valerse un Príncipe para recompensar sus Vasallos.

En Egipto, no obstante que ninguna profesion, ni oficio se miraba con desprecio, gozaban los Soldados de particulares distinciones muy honoríficas, que por la misma razon de ser concedidas entre el general aprecio que lo-graban todas las demas clases, canonizaban el distinguido lugar que merecia la Milicia en aquella Nacion. Los que la profesaban, seguian en el orden gerárquico á las familias Sacerdotales, y se reputaban por las mas ilustres, disfrutando la exención de todo tributo en una gran parte de sus pensiones.

Sesóstris experimentó los buenos efectos de esta política, pues con unas Tropas constituidas baxo de tales principios pudo hacer tributaria la Ethiopia, sujetar la Asia, penetrar en la India hasta donde ningun otro Conquistador llevó sus armas, ni aun el mismo Alexandro, que lo intentó despues.

Aun los Persas sin conocer las reglas del Arte militar, ignorando la formacion de sus Tropas, el orden de marchas, situacion de campamentos y toda la severidad de su disciplina, que hace tan fáciles sus operaciones: los Persas digo, sin penetrar sus resortes, ni toda su utilidad, daban á la Milicia la preferencia sobre las demas Artes,

como su principal defensa y apoyo. Ningunos servicios hechos por la Patria eran mas recomendables entre ellos que los que se hacian al frente del Enemigo. Aunque esta Nacion, penetrada de la importante máxíma de que nada hay mas interesante á un Estado que la poblacion, dispensaba las mas distinguidas honras á los Ciudadanos que educaban mayor número de hijos: sin embargo nunca eran estos privilegios tan señalados como los que se concedian á los Soldados, prueba del alto concepto en que se tenia la Milicia en aquel Reyno con especial antelacion á las demas clases (1).

La Grecia tan eminente en otros tiempos en ilustres Guerreros, centro de las ciencias y artes, aquella Grecia que nos dexó prodigiosos exemplos de valor para su imitacion, guardaba la mayor integridad y justicia en recompensar los servicios y acciones militares: llena está su historia de hechos que acreditan los honores, privilegios, exénciones é indultos que se dispensaban á los valerosos Capitanes y esforzados Soldados que se distinguian en las Batallas. Publiquen la estimacion que merecia en la Grecia esta noble Profesion, las demostraciones religiosas de piedad con que correspondia á los que habian muerto en defensa de la Patria, erigiéndoles magníficos sepulcros, y eternizando su memoria con elegantes y honrosas inscripciones: el Pueblo en tropas concurría á esparcir sobre ellos flores, quemaban perfumes, aplaudian sus heroicas acciones, y hacian inmortal su fama y su gloria con elogios fúnebres, pronunciados en público en medio de las

(1) Bossuet: *Discurso sobre la Historia Universal*.

mas augustas ceremonias de la Religion.

No era menos honorífica que lucrativa una ley de Atenas (1) que ordenaba se mantuviesen de los fondos públicos todos los que se inutilizasen en la guerra, alcanzando esta gracia hasta los padres é hijos de los que habiendo muerto con las armas en la mano, dexaban su familia abandonada, pobre y llena de miseria. La República como una piadosa madre se constituia generosamente en la obligacion de procurarles quantos auxilios podian esperar de aquellos cuya pérdida lloraban.

¿Podia darse mas acendrada gloria, ni esperanza mas lisonjera para las familias de Grecia, que ver asegurada su subsistencia en el valor de sus gloriosos ascendientes? ¿Podian acaso dexar de producir maravillosos efectos unos privilegios tan sublimes, como dignos de unos Ciudadanos que sacrificaban sin repugnancia por la Patria sus bienes y su vida con tanto espíritu, estimulados siempre de la gloria, que es el resorte mas poderoso para poner en movimiento el corazón del hombre, y hacerle intrépido en los mayores riesgos?

Filipo de Macedonia y Antípatro temian la eloqüencia de Demóstenes » porque sus arengas, decian (2), semejantes » á las máquinas de guerra, desconciertan todos nuestros » proyectos, y arruinan nuestras empresas sin arbitrio. Demóstenes solo nos trae siempre vigilantes, y en continuo » sobresalto, porque exercitándo con la mayor eficacia en » los Atenienses el amor á la gloria, y representándoles » continuamente la memoria de las célebres y gloriosas ac-

(1) Plut. *In Solon* pag. 96.

(2) Roilin: *Histoire anc.* pág. 494. de la edicion à Paris en 1760.

»ciones de Maraton y Salamina, los anima con sus penetrantes discursos, los inflama, los pone las armas y los remos en las manos, y los transforma en otros nuevos hombres, inspirándoles un arrojo y valor increíble, que los hace osados é invencibles»: ¡tanto dominio tiene en el corazon humano la noble pasion de la gloria!

Sin tales estímulos no podria á la verdad haberse seguido con tanta exáctitud la observancia de aquella rigurosa Ley de Esparta, que constituia á sus Tropas en la dura necesidad de vencer ó morir ántes que rendirse al enemigo. El illustre exemplo de los trescientos Sparciatas, que á precio de su sangre disputaron en Thermopolis el paso de la Grecia al innumerable Ejército de Xerges con otros hechos llenos de entusiasmo, constancia y valor, acreditan con quanta puntualidad se cumplia aquella Ley, que aunque parece dura, los conduxo al templo de la inmortalidad.

Por estos propios incentivos de gloria y honor llegó Roma al grado de elevacion que ninguna República ha podido igualar, y ellos mismos produxeron los freqüentes exemplos de amor á la Patria, y de sacrificio por el bien público que encendieron en el tiempo de su crisis, no solo en la Nobleza, sino aun en la Plebe misma aquel brillante fuego de la gloria, á que no hay obstáculo que resista; y dieron el tono á toda la Nacion, de suerte, que no se conocia entre los Romanos competencia mas viva, ni mas acalorada que quando se trataba de disputar un premio honorífico. Herir al enemigo, escalar un muro, distinguirse por alguna accion valerosa era toda su ambicion, porque estaban firmemente persuadidos, que en esto con-

sistia la verdadera estimacion y la verdadera gloria.

Educada la juventud Romana con tan heroicos sentimientos no reusaba ir á la guerra, campar en todas estaciones, obedecer sin violencia, arrostrar á los mayores riesgos, y llevar en sus corazones el vencer ó morir, que hace á los hombres tan osados y atrevidos; y así no hay que maravillarse que fuese Roma mas fecunda que ninguna otra República en hombres grandes, cuya memoria será eterna, y que lo fuese igualmente en recursos en los mayores apuros y desgracias en que jamas desconfió de mejorar su suerte. Los acaecimientos funestos que hubieran abatido y consternado á qualquier Estado sirvieron á los Romanos de incentivo, no solo para superar sus infortunios, sino tambien para mejorar á fuerza de constancia su constitucion: efecto que debemos atribuir mas al perfecto conocimiento de sus fuerzas, y de la eficacia con que obra en el corazon humano el amor á la gloria, y á la reputacion, que á un temerario empeño de no ceder jamas á la fortuna.

Con este objeto decretaba Roma premios y triunfos para los que se distinguian en las acciones militares. Las Coronas Triunfal, Obsidional, Mural, Cívica, Naval y otras, eran señales de la virtud mas pura, y testimonios mas fidedignos del valor, que de tal suerte enardecian los ánimos de los Romanos, que sacrificaban gustosos sus vidas por conseguirlos, sin embargo del baxo precio y estimacion que en sí tenia lo material de aquellos adornos, compuestos únicamente de la grama, del mirto, de la oliva, del laurel y de otras flores.

De esta manera excitaban los Romanos hasta en los

mas simples Soldados el valor: de esta manera les empeñaban á la gloria, y á interesarse en la felicidad de la empresa, de suerte que casi me atrevo á asegurar, que consiguieron formar tantos héroes como Soldados; y de este medio, en fin, se servian para excusar en gran parte las recompensas pecuniarias que gravan y agotan los fondos públicos, y son siempre insuficientes para premiar á los beneméritos, pues siendo estos muchos es forzoso dexar bastantes descontentos, lo que ocasiona un desaliento general.

Un elogio del Cónsul dicho en público en medio de su Legion, bastaba para premiar un Romano, cuya intrepidez se habia señalado en el combate por alguna accion particular, produciendo en su espíritu la sorpresa mas agradable y lisongera, y una emulacion é inquietud extraordinaria en sus compañeros por llegar algun dia á merecer iguales distinciones, acompañadas de monumentos gloriosos, y pruebas visibles y permanentes de su mérito, que pasaban á su posteridad, como la herencia mas preciosa, y como verdaderos títulos de nobleza.

Esto significaban las armas y despojos tomados al enemigo pendientes en los parages mas públicos de las respectivas casas: esto mismo simbolizaban tantas estatuas en hábito militar que adornaban los atrios y edificios mas públicos, eternizando el renombre que tenian entre los Romanos, segun lo notó Ciceron (1).

Ademas de estos honores gozaban tambien los que habian sido así premiados por los Cónsules la distincion de

(1) Cicer. *de Offic. lib. 1. cap. 18.*

asistir á las fiestas y espectáculos públicos adornados de un vestido particular, prohibido á toda otra persona, cuyo privilegio se miraba como un supremo honor, capaz en aquellos tiempos de encender el corazon mas tibio; por el qual se daban por bien empleados los incesantes trabajos, fatigas y peligros que los conducian á aquel grado de gloria, siendo objeto de la pública admiracion de los concurrentes, que fixos en ellos los ojos, consideraban en sus personas unos Ciudadanos esforzados, y defensores de la patria, lisongeano sus oidos con el susurro halagüeño de los elogios y alabanzas que excitaban sus gloriosos hechos.

El Emperador Justiniano para recompensar el imponderable valor, virtud y pericia de su Capitan General Belisario, que arrojó á los Godos de Italia, reprimió á los Persas, Vándalos y Alanos, llevando en triunfo á Constantinopla á su Rey Gelimerio, y reunió el Africa al Imperio, entre otros honores singulares, hizo acuñar una moneda en que de un lado se veía grabada la imagen del mismo Emperador, y en el otro la de Belisario armado con este lema: *Belisarius Decus Romanorum.*

Nada encuentro mas magestuoso, mas sublime, ni de mayor pompa que el honor del triunfo que se concedia en Roma á los Generales victoriosos. No cabe en la idea la impresion que debia hacer aquel aparato en el alma de un particular á quien salia á recibir todo el respetable Cuerpo del Senado, acompañado de los demas Ordenes del Estado, en cuyo obsequio humeaban los Templos, y se ofrecian á los Dioses reverentes sacrificios en accion de gracias de su victoria; y que conducido en